

EL
MALDITO 

A D R I A N A H A R T W I G



VESTALES

© Editorial Vestales, 2014

Diseño de cubierta e interiores: Editorial Vestales

Hartwig, Adriana
El maldito, 1.^a ed., San Martín: Vestales, 2014.
384 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-1405-64-0

1. Narrativa Argentina. 2. Novela . I. Título
CDD A863

ISBN 978-987-1405-64-0

Hecho el depósito que previene la ley 11.723
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial.

PRÓLOGO

Colonia San Pedro, departamento de San Martín,
provincia de Corrientes, 1881.

LA BRISA SUSPIRÓ Y EN SILENCIO SE ESCABULLÓ ENTRE LOS camalotes y rozó con suavidad las amapolas que flotaban sobre las aguas oscuras de la laguna llevando consigo los intensos olores del Iberá: la fragancia de los nenúfares y jacintos en flor, el perfume de la tierra negra y acuosa, de los verdes pajonales y los viejos embalsados. La luna llena resbaló entre las sombras de la noche y reflejó su luz en las aguas espejadas de la laguna y pareció sembrar con plata y diamantes la eterna oscuridad de su lecho. Las flores del laurel se mecieron con el viento del este, se deslizaron con gracia en el aire y cayeron suavemente sobre la sangre que humedecía la hierba.

Ella abrió los ojos. Gimió, y el silencio se quebró entre los juncuales cuando comenzó a llorar. Solo había oscuridad alrededor. Una negrura tan profunda, que la luz de la luna apenas lograba encender los bordes angulosos de las ramas retorcidas que se alzaban hacia el cielo entre las tinieblas de la noche.

—Por favor —susurró. Su voz temblorosa y débil apenas se escuchó debajo del murmullo sosegado de las achiras y el rumor de las aguas mansas—. No lo hagas.

La luna emergió de las sombras y, por un instante, alumbró la palidez mortal de su rostro. Con un sollozo ahogándole la garganta, se incorporó y se arrodilló entre las tinieblas con los ojos grandes y hermosos fijos en la creciente oscuridad.

—No —pidió—, no me lastimes.

Escuchó que él se acercaba, sigiloso y expectante, desde el interior de los pajonales que crecían junto a la orilla. Se volvió y entonces lo vio: la bestia fijó en ella sus ojos amarillentos, echó las orejas hacia atrás, inclinó la cabeza y comenzó a gruñir.

La joven dilató los ojos, aterrada, y se puso de pie muy lentamente. Aquel sonido le heló la sangre en las venas. Retrocedió un paso y luego otro. Sabía que tenía que escapar, pero no sabía si podría hacerlo. Apretó los labios. La palidez de su piel, el temblor en los labios, el miedo en la mirada, cautivaron a la fiera. El animal avanzó en silencio con la cabeza inclinada, listo para abalanzarse sobre ella. Los músculos de su cuerpo largo y fuerte se movían con suavidad bajo un pelaje corto y oscuro mientras la acechaba.

—Aléjate de mí.

La bestia flexionó las patas delanteras y le mostró los colmillos con un nuevo gruñido. Ella soltó un sollozo e, incapaz de permanecer quieta frente a la muerte que se aproximaba, se volvió y echó a correr hacia el sendero que se perdía entre los juncales, más allá de la negrura.

Hundió los dedos en los pesados pliegues de su falda, crispó las uñas contra las rosetas que le adornaban el vestido e intentó escapar de la muerte, sumergiéndose en los brazos de la oscuridad. Gritó, extendió las manos hacia la ligera luminosidad de la luna y pensó que lo lograría. Estaba tan cerca. Solo un poco más, pensó, y estaría a salvo. Pero era demasiado tarde. Incluso, mientras corría, supo que no conseguiría escapar. Gritó, una vez más, esperando que alguien la escuchara y tendió las manos hacia las tinieblas.

Algo la golpeó con fuerza, derribándola. Asustada, con lágrimas en los ojos, temblorosa y helada, se volvió, y la bestia se

lanzó sobre ella con los dientes largos y amarillentos, listos para probar su carne.

Cerró los ojos, se cubrió la cara con las manos y comenzó a chillar.